

Conocerse a uno mismo

Coloqué el aparato en el mueble de mi salón, apreté el botón de instalar y los cables comenzaron a colocarse automáticamente tras el televisor. Se retorcían como las fibras de mimbre de una cesta, entrelazándose violentamente, buscando y encontrando el hueco que les correspondía tras la pantalla. Sonó una tormenta de *clicks*, los cables se frenaron por completo, respiraron hondo y finalmente la gravedad volvió para hacer su trabajo, permitiéndolos descansar. Una vez instalado, ya solo me quedaba jugar.

Se trataba de un juego de exploración. Durante el mismo, el jugador tomaba el control de una nave que viajaba a través de su interior, visitando las distintas partes del ser con la intención u objetivo final de conocerlo por completo. Era la última moda en Japón y por fin había llegado a Occidente.

Agarré el mando, apreté el botón de jugar y aproveché el tutorial para familiarizarme con los controles. Una vez el juego consideró que me encontraba preparado, me otorgó libertad para tomar la ruta que yo mismo estimara, por lo que comencé a guiar a la nave en dirección a mis pensamientos. Vislumbré formas. Puede que no lo fueran, pero mi razón las interpretó como tal. Me pareció identificar mi intención de desplazar el joystick del mando hacia delante, pero en cuanto la vi, se fue. Me esforcé en pensar en las ganas que tenía de cenar y el pensamiento apareció. Y desapareció. El hecho de

no ser capaz de centrarme en un pensamiento concreto durante más de quince segundos comenzó a agobiarme, y eso hizo crecer en mí una curiosidad enorme por ver qué aspecto tenía ese agobio. La curiosidad se manifestó como una gran nube informe. Decidí dejar los pensamientos durante un rato e ir a buscar mis sentimientos. Durante el camino recuerdos, olores y reflejos me tentaron sin éxito.

Esta vez no pude distinguir formas, sino colores. Colores en un espacio totalmente oscuro en el que se mezclaban, creciendo y menguando, siendo uno con los demás colores como la espuma de la leche en el café. Supuse que los tonos naranjas, los más predominantes, eran el agobio, la ansiedad o la angustia, pues eran los únicos sentimientos que podía identificar observando semejante espectáculo. En algún lugar, o puede que no, había una masa más pequeña de tonos azulados que asocié a la ilusión y a la esperanza. Me encontraba en un estado de trance, en el que mi cerebro y mi espíritu trabajaban codo con codo, pues si uno de los dos fallaba, aquella vista carecería por completo de sentido.

Tras un rato dirigiéndome hacia lo que denominé como el este, avisté una forma; sin embargo, esta vez no era únicamente forma. Era también color, un color negro muy profundo, el mismo negro dentro del que me encontraba, pero que de alguna forma no se mezclaba con *eso*, con aquella amalgama de bultos, poros y tentáculos. Espasmódica. Por su aspecto, supuse que se trataba del miedo. Debía ser la zona donde se encontraban todas mis preocupaciones, mis temores

y traumas. Aún no estaba preparado para acercarme, pero los controles del mando dejaron de responder, la nave se dirigía directamente hacia aquella masa palpitante. Mi respiración se aceleró. Noté el sudor en mi frente. La masa no aumentó su tamaño. El espacio tomó un tono rojo histérico. Se mantuvo fija. Me encontraba a la deriva, dirigiéndome hacia un lugar horrible. Pero la masa no crecía. Solo latía.

Y en ese momento me di cuenta. Aquel lodo negro, rugoso y repugnante no era mi miedo, sino mi corazón.